

á los portugueses con un camino breve que acertase la comunicación usual con Oriente y llevase riquezas al rey Fernando, malhumorado y desconfiadísimo aún después de haber tributado el mar tantos dominios á sus inmortales coronas. Así persistió en recorrer por su parte oriental aquella costa de Honduras, tan larga, y en buscar el estrecho, cuya existencia su genio profético adivinaba, como un anillo misterioso de unión entre los mares por él entonces recorridos y los misteriosos mares de Oriente.

Por 14 de Septiembre llegó al cabo Gracia de Dios, el cual debió su nombre á la circunstancia de haberse allí esclarecido el aire de chubascos eléctricos, que generaban en pleno día la noche, y serenándose de tempestades sempiternas el agua, que había acongojado su alma de profeta y enflaquecido su cuerpo de piloto. Encontró aquí unas muchachas indias, quienes subieron de grado á las carabelas, y expidió unos mareantes y un escribano á tierra, que tomaran posesión oficial del terreno. Mas, porque las muchachas llevaron á las naves esencias y otros ingredientes, los marinos creyeronlas magas, y repugnaron sus sortilegios, así como las indias creyeron á los marinos brujos porque presentaban á sus ojos tan extraños y nunca vistos objetos como un vulgar y ordinario recado de escribir español. Doblado el cabo Gracia de Dios, y siguiendo al Mediodía, volvió á probar tempestades, en las que su niño Fernando, adolescente de unos doce años, mostró serenidad tal ante los peligros y destreza en las maniobras tan consumada, que sirvieron de recreo á los trabajos y de consuelo á las penas del eximio padre. En

su ruta y dirección á la costa llamada hoy de los Mosquitos zozobró un bote y perecieron unos tripulantes, por lo cual denominó á una vena de agua desembocada en tal sitio Río del Desastre. Al fin, el 5 de Octubre, abordó á Costa Rica, y el 14 á Veragua. En este punto parecía realizado el sueño de Colón y potentísimo el áureo Quersoneso. Las noticias recogidas á duras penas y los indicios deducibles de sus noticias prometían una región áurea, cuyos habitantes poseían brazaletes y arracadas con mesas y sillas de oro. Penetradísimo Colón de que sus ensueños se le habían cristalizado á la vista, dijo ser aquella la tierra de Aguará, enteramente áurea, y hallarse á diez días de navegación el sacratísimo Ganges. Pero así como en los indicios recogidos al ingreso por estos mares pudo hacia Méjico y sus penínsulas orientarse con facilidad, en los indicios de la sazón ahora historiada pudo entrever y buscar el Perú. Mas, creído de haberse las con el mundo de lo pasado, no sospechó siquiera el mundo de lo porvenir. Imaginaba su obra la resurrección del Oriente, cuando, por progresiva, por humana, por nueva, era la creación del Occidente. Dios no quiso que viera la desembocadura del Amazonas, como había visto la desembocadura del Orinoco. El oro y el estrecho, tan requeridos y buscados, le retuvieron allí largo tiempo; y en este tiempo experimentó tales calamidades y plagas, que puso á los parajes donde los probara en tanto número é intensidad, entre Puerto Bello y Veragua, este luctuoso apellido: «Costa de los Contratiempos.» Parecía que soplaban los vientos del infierno, según lo abrasados que



venían y lo abrasadores que eran. El cielo tomaba horrible aspecto de mina incandescente, por cuyos bordes se aglomeraran incendios verdaderamente cósmicos. Hervía el mar al sol y al viento como hierve á la lumbré una caldera de agua. Los relámpagos cegaban la vista y los rayos daban chasquidos de fusta en las orejas. Descendían los nubarrones rabiosos, como bandadas de aves carniceras, á las aguas, encendidas por las centellas eléctricas en los abismos; y las aguas, azotadas por el huracán, subían en pirámides gigantescas al cielo, enrojecido como un candente hierro en una gigante fragua. Los tiburones aumentaban el universal terror, husmeando con su carnicero adivinador olfato la carnaza prometida por el inminente naufragio. Alzaban los marinos al cielo sus ojos y sus brazos en demanda de misericordia. Echábanse mutuamente á los pies unos de otros y se confesaban todos entre sí. Colón, enfermo y casi moribundo, había hecho que le alzarán una especie de alcobilla, sobre la entena mayor apoyada, desde donde dirigía tendido las maniobras, con tormentas mayores en su espíritu que las tormentas del cielo. Por fin, cuando pudo valerse de sus facultades y contar con segura bonanza, resolvió establecer allí, en la tierra del oro, una colonia, y explotarla con empeño á su guisa.

Mas para esto necesitaba domar al cacique mayor, Quilian, y este cacique parecía un término medio entre los indios lucayos y los indios caribes. Colón tenía prisa de resolver lo más acertado, que consistía en dejar allí de Gobernador á su hermano Bartolomé; maravilladísimo

del terreno donde había tropezado con oro en grande cantidad, é irse á España él en requerimiento de auxilios. Y bien los necesitaba, pues Quilian se apercibía con dolo y disimulo á combatirlos con fuerzas de armas y golpe de gentes. Mientras los españoles construían sus casas en el recodo de una caleta formada bajo una colina sobre la desembocadura del río Belén, Quilian llamaba indios de combate y repartía consignas de incendio y exterminio. Súpulo Colón y no acertaba con el medio de conjurarlo. Pero tenía un compañero llamado Méndez, allí, que la Historia contará entre los héroes más esforzados y sufridos y leales de que hay remembranza en sus capítulos. Y Méndez resolvió ir sólo en demanda de Quilian. Subió río arriba y topó con él á cosa de media legua. Como si estuviera en su casa, entró por los bosques aquellos y habló con Quilian como si hablara con un viejo amigo. El cacique se mostró reservado, pero no en términos que Méndez dejara de traslucir los intentos suyos y se los participase á Colón en el milagrosísimo regreso. Mostróse muy apenado el Almirante; y Méndez, resuelto á fortalecerle y consolarle, tomó un amigo y se fué nuevamente con él solo río arriba en alas de su temerario denuedo. Á las pocas remadas dió con canoas apercibidas al combate; y se dirigió á ellas, cual si en vez de guerra, le ofrecieran amistad. Supo Méndez que había dispuesto Quilian el ataque y á su encuentro se fué. Cuanto al paso hallaba no parecía propio á enardecerlo. Por todas partes enjambres de indios amenazadores y armados con el aguijón de sus flechas como enjambres irritados de zumbantes abejas,



Mas el héroe no hacía caso ninguno. Llegado al centro, donde daban los principales bohíos ó viviendas de aquellas familias, vió un seto de cabezas indias recién cortadas y puestas en palos chorreando sangre. Nada le arredró; y eso que, salidos á su vista de las madrigueras mujeres y niños, según los gestos y amenazas, parecían querer comérselo. Al estruendo apareció un mozo, hijo de Quilian, y le dió un empujón, que no logró derribarlo, pues, si por acaso, tal cosa lograra, cayeran, ya en tierra, todos á una sobre su cuerpo y lo trucidaran y se repartieran sus pedazos. Preservado de aquel primer golpe, dijo que iba en calidad de médico cirujano, y extrayendo del bolsillo tijeras y peine y espejo rogó al compañero le cortara el pelo. Imposible decir los efectos de asombro y maravilla que tal operación despertara en aquellos salvajes. El cacique deseó cortarse también el pelo y Méndez lo satisfizo como un peluquero consumado. Después regaló aquellas bujerías, que mucho agradaron á los indios, y recibió de los indios un banquete, comiendo con ellos en amor y compañía hasta volverse muy regocijado y dejándolos muy satisfechos.

Pero Bartolomé creyó necesario el apresamiento de aquella familia y lo resolvió. Emulando la increíble temeridad de Méndez, acompañado por él, fuese al bohío de Quilian y le llamó á partido. Presentóse tras grandes resistencias éste, y se asentó en una piedra frente al Adelantado, que estaba solo y de pie, pues sus demás compañeros se habían recatado atrás. Quilian pintarrajeado, mostrando sus hercúleas formas desnudas, y asentado

sobre su piedra, Bartolomé vestido de acero en frente y de pie, parecían bajo la bóveda tropical de los árboles y á la entrada de los bosques, no dos personas, dos mundos, el mundo de la civilización y el mundo de la barbarie. Bartolomé apresó al cacique y lo tuvo en cautividad, rendido al espanto causado siempre por las armas de fuego en aquellas inocentísimas razas. Pero la cautividad se rompió y el cautivo huyó, cuando al querer transportarlo á las carabelas, hizo el prisionero que le aflojara las cuerdas el marinero encargado de su custodia, y al aflojárselas, dió un salto y se lanzó al río, desapareciendo en sus corrientes como un Dios de las aguas, que tuviera en el seno líquido de los ríos su natural vivienda. Monstruoso anfibio, Quilian reapareció por las selvas al frente de sus tribus en armas y cerró entre furiosos espasmos y gritos de cólera con el Adelantado como el ciclón con los árboles del campo y con las antenas del mar. Súbito las balas dieron cuenta de los naturales, mientras las flechas se rompían en el acero de que andaban vestidos los españoles. A los instrumentos guerreros de la industria civilizada se unió el valor increíble de nuestra raza. Un soldado murió y al Adelantado le penetró un dardo por el corselete, rasgándole un poco la piel. Habiéndose partido el Almirante y anclado unas leguas más allá, mandó en busca de noticias una barca capitaneada por Fristán, que los indios asaltaron, destruyendo la tripulación. Cuantos de la familia de Quilian llevaban las carabelas presos una noche de aquellas se ahorcaron todos, prefiriendo la muerte al cautiverio. Visto un horror tal, decidieron



aquellos que debían permanecer allí con el Adelantado, juntarse y abandonar de acuerdo y de consuno una tierra que parecía escupirlos de su seno como el mar escupe los cadáveres y negarles hasta el aire. Partiéronse y recalaron por último en Jamaica, desde donde trazó Colón en páginas inmortales el trágico relato de tan horrorosa catástrofe. El martirio fundado en la paciencia se sobrepuso al heroísmo del ataque y del arrojo. No sabe que admirar uno más en estos exploradores, si el arrojo en los combates ó la conformidad con el infortunio. ¡Cuánta grandeza!

Herido Colón por el azote de las calamidades, que se habían sobre su cabeza condensado; enfermó de cuerpo y alma; con una parte de su escasa tripulación desaparecida en las porfías de sus trabajos y otra parte airada con su destino adverso; comidos de sucios gusanos los bastimentos y de voraces ostrios las maderas, al extremo de tener que abandonar un casco á las aguas, como se abandona un cadáver á la podredumbre; con los desengaños del río Belén sobre su alma y con el anuncio agorero y el amago siniestro de tempestades y de zozobras, como fauces del infierno abiertas á sus pies; hubo un momento en que la desesperación, ajena de su carácter, le puso asechanzas; y el suicidio, tan repulsivo á su naturaleza, le cruzó por la idea y por la vista; pero, como la paciencia fuera su cualidad soberana, y señoreara el ánimo suyo al extremo de atormentarlo con toda suerte de pruebas terribles, pero sin jamás consumirlo y perderlo, cual si fuera su genio un incendio enorme que se acrecentase al viento contrario, levantó Colón á Dios su idea, y pidiéndole perdón

por si alguna vez en arrebatos indeliberados é inconscientes, de aquellos que ciegan los ojos y enloquecen la mente, dudara de su providencia y de su bondad; al considerar como se había visto más desamparado y más herido todavía en las pobladas capitales europeas, que en los inacabables desiertos oceánicos, y sin embargo, lograra coger la llave que cerró las cadenas de supersticiones puestas en rededor de todo un mundo, y abrirlas; encender en los rayos de su inspiración las tinieblas del mar tenebroso, y ahuyentarlas; evocar las Indias, y repartirlas á su grado como y donde le plugo; lanzarse como un buzo al espacio etéreo, y extenderlo al movimiento de su nado en lo infinito; al considerar todo esto, recobró la esperanza inextinguible que siempre le había guiado como una estrella, y dió rendidas gracias al cielo, que le anunciaba con promesas palpables en aquellas fronteras de la eternidad y en aquella inclinación á la muerte, un renombre imperecedero y una inextinguible gloria.

Pero continuemos. A fines de Mayo estaba en Jamaica y al abrigo de un buen puerto, tras procelosísima travesía y continuos combates con todas las adversidades juntas. Pero, comidas las maderas, deshechas las jarcias, rotos los velámenes, desencuadrados los tablamentos, podridos los víveres, horadados los buques todos hasta parecerse, como decía Colón, á un panal de abejas, no podían de allí apartarse en ningún sentido y en dirección ninguna moverse á nada sin otra escuadra, pues la traída para este cuarto viaje se pudrió toda entera en el Océano. Así, únicamente podían servir las naves como viviendas, y en



guisa de cabañas las carabelas, dispuestas de suerte que parecían chozas acuáticas, un tanto apartadas de tierra, pero con la tierra fácilmente comunicables. Ya tenían albergue, mas les faltaban alimentos. Para procurarlos, necesitábase empeñar cambios, á los cuales denominaban ellos rescates; y para obtener estos cambios ó rescates, hilvanar mutuas relaciones y urdir sendos tratos entre sí los recién llegados con los sencillos naturales. Á este fin y objeto nadie podía servir como Méndez. Ninguno calaba como él á los indígenas por una especie de adivinación misteriosa, semejante á la que alcanzan los sordomudos en el ejercicio de observar á la continua los ajenos actos y ademanes. Así, convino en dar por dos hutías un herrete de sujetar; por las hogazas de casabe, tres cuentecillas de vidrio, verde ó rojo; y cuando las provisiones resultaban mayores, iban recabando los nuestros cuanto tenían, y las rescataban por medio de bonetes colorados, espejos relucientes, campanillas y cascabeles sonoros; con todo lo cual se marchaba el indio saltando de alegría y regocijo. Pero no podían permanecer allí por toda una eternidad, y necesitaban ir á la Española en demanda urgente de barcos necesarios al transporte, pues los traídos estaban quedos é inertes. Mas, ¿cómo atravesar en canoas costeras espacios oceánicos tan extensos? Necesitábase jugarse la vida. Nadie podía retar así á la fatalidad más que Méndez. Y á Méndez confió el Almirante la temeraria expedición.

Dió, como decía con sublime sencillez aquel mártir castellano, á muerte su vida. Tempestades, oleajes, asal-

tos de los naturales, cautiverio, salvamentos inverosímiles, tentativas frustradas, vueltas atrás, combates con los elementos, hambre, sed, fiebre, desesperación; de todo hubo en aquella travesía terrible y á todo el héroe ocurrió y de todo salió indemne, mientras unos infames compañeros suyos, los Porras, quedados en Jamaica con el Almirante, alzáronse á una en rebelión, rompiendo con todas sus obligaciones en aquel trance, y maltrataron á los isleños dándoles tales molestias, que cesaran éstos en las provisiones, cuyo envío nunca hubieran reanudado, á lo cual hubiera muerto de hambre á la tripulación, si en sus inspiraciones el Almirante no recurriese á la industria de anunciarles, por su conocimiento de los fenómenos astronómicos, la noche y la hora en que debía obscurecerse la luna, irritadísima por sus ingratitudes é irreverencias; y como sucediera según lo anunciara, puso á todos aquellos pobres de espíritu en obediencia, y les obligó á pedir con lágrimas el afecto de personas tan bien servidas por el cielo, y á reanudar los antiguos necesarios rescates, como tributos debidos á genios superiores. Mientras tanto, no venían del viaje de Méndez noticias, y Colón recelaba que, si bien el eclipse había sosegado á los indios, pudieran los facciosos capitaneados por Porras acometerle sin empacho y abrasarle las viviendas de seca paja, pereciendo todos en las llamas. Tras ocho meses de angustia, sin saber cosa ninguna, llegó un carabelón, capitaneado por enemigo implacable del Almirante y expedido desde la Española, pidiéndole noticias de su estado y dejándole para su remedio un tocino y un barril. Tal bru-